



REVISTA
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

ISSN: 0120-2367

Fundador:

Alfonso Mora Naranjo

Rector:

Alberto Uribe Correa

Vicerrector general:

John Jairo Arboleda

Secretario general:

Luquegi Gil Neira

Director:

Elkin Restrepo

Asistente de dirección:

Janeth Posada Franco

Diseñadora:

Luisa Santa

Auxiliar administrativa:

Ana Fernanda Durango Burgos

Corrector:

Diego García Sierra

Comité editorial:

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria,

Luz María Restrepo, Alonso

Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,

Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

<http://oceanodigital.oceano.com/>

Publicación indexada en: MLA,

Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de

Antioquia no se hace responsable

de los conceptos y opiniones

emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de

los autores.

minúsculas



Una especie superficial

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Basta prender la pantalla de la televisión, el medio contemporáneo de comunicación usado por más humanos, y hacer un corto *zapping* por los distintos canales para constatar que somos miembros de una especie superficial. *Realities*, telenovelas, programas de compras, y prácticamente cada propaganda que vemos, no nos hablan más que de la fascinación de nuestra especie con los adornos dorados y las respuestas fáciles. ¿Falla educativa? ¿Crisis social? Sin duda, algo hay de ello, ¿pero qué sucede si hay en nuestra biología algo intrínseco que nos predispone a ello? Una dependencia tan grande que hace que no caer en la superficialidad implique una lucha a conciencia contra una “tendencia natural”.

Un argumento muy citado en los artículos sobre la decadencia de la democracia contemporánea señala que si hoy Franklin Delano Roosevelt —quizás el presidente más importante del siglo xx en los Estados Unidos y el único que ha sido elegido tres veces— se

lanzara a la contienda electoral, no ganaría ni siquiera la nominación de su partido. ¿Por qué? Porque hoy un candidato no debe convencer sólo con sus argumentos, sino con su cuerpo y sus gestos. El candidato ideal debe ser esbelto y atlético y haber pasado semanas aprendiendo a manejar sus manos y su postura corporal, para dar la “impresión” correcta. Hay incluso estudios serios que demuestran una correlación directa entre la estatura y las posibilidades de ganar la presidencia. Roosevelt era alto (casi 1.90 m) y atlético, pero tenía un problema fundamental: a los 39 años enfermó de polio, así que sólo podía pararse de su silla de ruedas haciendo un enorme esfuerzo y no podía caminar sin ayuda. Es decir, su altura habitual era la de un hombre sentado, así que hoy en cualquier debate político sus ponentes lo mirarían “hacia abajo”, pero ello no le impidió en su momento alcanzar la misma estatura política que Washington y Lincoln.

¿Qué ha cambiado?

Básicamente una cosa: la llegada de la televisión. Y la misma etimología nos da una pista. Tele-visión: un aparato que permite la “visión a distancia”, por lo que no es raro que a partir de su llegada se haya desarrollado una “cultura de la imagen”. Es un ejemplo perfecto de biología alimentada a partir de la tecnología, porque lo cierto es que somos una especie predominantemente visual. La mayoría de la información que requerimos para sobrevivir nos llega por nuestros ojos, ubicados al frente, como sucede con casi todo

predador, lo que nos permite perspectiva, pero disminuye el campo de visión. No es así con todas las especies: los caninos tienen un delicado balance entre olfato y visión, las ballenas y delfínidos dependen ante todo del oído, las especies más primitivas, del tacto, e incluso hay algunas con sentidos que no poseemos, como la línea lateral de los tiburones y otros peces, que a partir de células electrorreceptoras les permite captar las vibraciones en el agua a mucha distancia.

Una de las particularidades del sentido de la vista es que es, por definición, el más superficial, literalmente hablando, pues se limita a darnos información sobre una superficie, mientras que otros sentidos permiten conocer información de lo que hay bajo ella. Un lobo sabe si una hembra está en celo o una presa sana con solo oler su rastro. Las ballenas se escuchan a cientos de kilómetros de distancia con mensajes de una enorme complejidad y, gracias a la ecolocalización, tienen un sentido de su posición en el mundo mucho más preciso y multidimensional del que podría darles la visión por sí sola. Incluso un mosquito puede conocer, gracias al tacto, el ritmo de los latidos del animal que lo alimenta, y un gusano la composición de la tierra que lo rodea a partir de la textura y las diferencias de temperatura. De hecho, un estudio de la Universidad de Lieja, en Bélgica, ha descubierto que las lombrices prefieren tomar “decisiones en grupo” y que se las comunican a partir del tacto.

Ahora, la humanidad es la especie dominante del planeta.

De hecho, hemos exterminado a muchas de las otras especies y hay un riesgo real de que volvamos inhabitable la biosfera sin que ninguna otra nos amenace por ello (aunque bien es cierto que un ejemplar de una rama particularmente primitiva, un virus, podría pasarnos factura un día). Así que la visión debe tener ventajas... Y las tiene, sin duda, especialmente por cuanto facilita la absorción de símbolos. Hace unos seis mil años nuestra especie creó su propia medicina contra las limitaciones de la visión: la escritura. Aunque en un principio esta tuvo solo un carácter práctico, pronto se descubrió que podía alimentar en nosotros todo lo contrario al “pensamiento de superficie”: ideales, emociones, argumentos, pensamientos complejos, incluso la posibilidad de saber qué se siente vivir bajo otra piel. Y lo hizo gracias a que la escritura permitía preservar las obras y pensamientos de aquellos que habían “visto más allá”, desde Homero hasta ahora, de forma que impactaran como el primer día a aquellos que nacieran después de la muerte del autor.

El gran griego nos recuerda otro dato curioso: Homero era ciego. Y esa es una condición que se repite con regularidad en las mitologías de diversas partes del mundo. El más sabio de todos los griegos, el gran profeta Tiresias, también era ciego, mientras que Edipo se arrancó los ojos, como si con ello pudiera prevenirse del peligro de volver a caer en la ceguera de las apariencias que le impidió reconocer a su padre y a su madre. El dios egipcio Horus también

se vuelve ciego cuando no están presentes ni el sol ni la luna, y es particularmente peligroso en ese momento. Pero más interesantes aún que los ciegos son los tuertos: las tres Grayas nacieron viejas y tenían un solo ojo (y un único diente) para las tres, pero podían ver el pasado, el presente y el futuro, por lo que pudieron decirle a Perseo cómo matar a la Medusa. Y ante todo, el tuerto de tuertos: Odín, dios supremo de los vikingos, quien se arrancó un ojo y lo sacrificó al pie del pozo del gigante Mimir, para alcanzar así la Sabiduría de las Edades que le permitirá conducir a los dioses durante el Ragnarok, la guerra al final de los tiempos.

Decía Saint-Exupéry que “lo esencial es invisible a los ojos”. Aun así, para combatir la superficialidad, para ir a lo que está más allá de lo aparente, el camino no es, ciertamente, arrancarse los ojos. Pero quizá sea conveniente cerrarlos a veces y apreciar la penumbra. Y al abrirlos, tener siempre presente que es preciso ir contra la tendencia natural de la especie a confiar ciegamente en un sentido que nos orienta con no menos frecuencia que con la que nos lleva a perdernos (hasta el punto de que hemos justificado enormes injusticias históricas y construido las jerarquías de sociedades enteras a partir del color de la piel, por ser incapaces de VER hasta fecha reciente que bajo ella se ocultaban los mismos órganos, las mismas emociones y las mismas capacidades). O podemos aprovechar el antídoto creado por los antiguos y, de vez en cuando, dejar a los ojos descansar de recorrer

las superficies del mundo y hundirlos en un libro donde ninguna imagen concreta nos alcance, sino solo aquellas que cree nuestra imaginación, al ser convocada por los símbolos creados por quienes nos precedieron. Con una práctica así quizá podríamos recuperar, sin recurrir a medidas extremas, parte de la sabiduría y la esperanza que elogiaba otro gran ciego en su “Elogio de la sombra”: “Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar; / el tiempo ha sido mi Demócrito. / Esta penumbra es lenta y no duele; / fluye por un manso declive / y se parece a la eternidad. [...] Llego a mi centro, / a mi álgebra y mi clave, / a mi espejo. / Pronto sabré quién soy”. ■

agarlon@hotmail.com



Ötzi, el hombre de hielo

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Un día de verano de 1991, una pareja de caminantes se topó con un cadáver en las montañas de los Alpes. Se habían apartado del sendero para tomar un atajo, donde vieron algo que les pareció basura primero y luego

un pedazo de cuero viejo. Desde más cerca, descubrieron que era en realidad la piel tostada de frío de la espalda de un hombre. Decidieron bajar de la montaña y avisar a la policía, que subió al día siguiente a hacer el levantamiento. Un agente cogió el muerto por la pelvis y casi lo descadera, porque estaba apriionado a la altura de las piernas. Como no podían sacarlo intacto, llamaron a los forenses, y estos supieron que no estaban ante el cuerpo de un alpinista malogrado, sino de una momia preservada naturalmente, quizá por cientos de años. Una vez en el laboratorio, se supo que no eran cientos sino 5.300 años los que había pasado Ötzi, “el hombre de hielo”, bajo el manto blanco del glaciar. La pareja de caminantes que lo encontró por casualidad había tomado, sin saberlo, un atajo en el tiempo, hacia el Neolítico.

En los más de veinte años que han pasado desde el hallazgo de Ötzi, los expertos han estado obsesionados con su cuerpo. Lo han auscultado de pies a cabeza con todos los adelantos técnicos posibles. Le han hecho exámenes antropológicos, sociológicos, físicos, médicos, forenses; cada vez que sale al mercado un análisis, se lo hacen a Ötzi. Le han estudiado el sudor, la sangre, el pelo, tanto de la cabeza como de la barba y el pecho. Con ello no solo buscan saber quién era “el hombre de hielo”, cómo y cuándo vivió, qué comportamientos tenía, de qué sufría o cómo murió; también quieren entender la Europa más prístina y remota, esa que antecedió a las guerras, a los grandes

reinos, a las crueles religiones, y aun a cualquier tipo de historia escrita o contada.

Ötzi tenía 45 años, medía 1,60 m y pesaba 50 kilos. No era delgado por falta de comida, sino por la abundancia de ejercicio físico, que lo privaba de grasa subcutánea. Tenía el pelo largo hasta los hombros y usaba barba, y los ojos eran de color café. De nacimiento le faltaban un par costillas y, de las restantes, dos estaban quebradas, una de ellas producto de una herida vieja y ya sana, y otra sin sanar. No contaba con muelas cordales y tenía un pequeño espacio entre los dientes de adelante. El resto de la dentadura estaba gastado de comer granos molidos con piedra a los que se les quedaba algo de arenilla, y el lado izquierdo del maxilar superior estaba aún más deteriorado por usarlo como herramienta para partir madera, huesos, cuero y tendones de animales, con los que hacía cordones y tiras para anudar. Ötzi ya era viejo para su edad: tenía las articulaciones estropeadas, las arterias endurecidas y las encías inflamadas. Tenía el hueso nasal torcido y un quiste en el dedo pequeño del pie, producto del congelamiento, y sufría de parásitos intestinales. La vida en aquella época no era pues lo que es hoy; muestra de ello son los cincuenta tatuajes que tenía por todo su cuerpo, cada uno dibujado donde había sufrido alguna herida o una dolencia. Sin duda, había vivido lo suficiente.


Pero el cuerpo no fue hallado solo y desnudo. Las ropas y los objetos que llevaba consigo eran tantos y tan completos, que es como si se hubiera vestido con

todo el ajuar necesario para mostrarle a los de otra época cómo había sido la suya. Estaba vestido con una capa de piel de chivo teñida con grasa y humo, cosida en franjas verticales oscuras y claras, para que luciera más bella. Tenía un taparrabo ajustado con un cinturón, unos *leggings* para el frío y unos zapatos de malla de fibra vegetal con pasto tierno adentro para mayor comodidad. Como armas, llevaba una daga de pedernal, un arco más alto que él y un hacha de cobre puro, fundida y martillada en frío para darle filo. Solo un hombre con estatus, un líder, un gran guerrero, estaría en posesión de un artículo tan preciado y costoso. Pero más allá de las flechas y las porras, Ötzi tenía otros artefactos de gran delicadeza. Llevaba, por ejemplo, en una cartuchera sellable, un punzón de hueso que le servía tanto para coser como para tatuarse o limpiarse los dientes. Llevaba fibra de hongo seco con polvo de piritita para hacer fuego, así como unos tarritos de corteza de abedul, aislados por dentro con hojas frescas de arce, para mantener brasa por largo tiempo. En un pequeño botiquín personal llevaba huesos del fruto de un hongo con efectos antibióticos y astringentes, y aceites tóxicos del mismo hongo para aplicarse como remedio contra los parásitos intestinales.

Con cada uno de estos detalles, Ötzi parece hacerse cada vez más real, más humano, uno de nosotros. Una herida con cuchillo sin sanar en la palma de la mano muestra que alguien había tratado de asesinarlo, y que él había logrado escapar. Y los granos de trigo y carne seca de

chivo sin digerir en su estómago dicen que comió estando herido, tal vez escondido en una cueva, intentando huir. Pero una punta de flecha alojada en la escápula y un golpe en la base del cráneo cuentan que los perseguidores le dieron finalmente alcance. Sin embargo, fue mucho lo que pudo correr, porque murió a más de tres mil metros de altura, en las montañas, donde quizá pensaba que podía despistar a sus perseguidores. Su cuerpo fue hallado sobre una laja de granito, boca abajo, con el brazo herido bajo su frente. Al día siguiente de su muerte, dicen los expertos, debió caer una nevada que abrigó el cuerpo, y poco después debió haber sido cubierto por hielo del glaciar, que lo conservó en seco por milenios. El deshielo del mundo de hoy lo puso de nuevo al descubierto.

Ötzi está ahora en exhibición especial en el Museo de Arqueología del sur del Tirol, en Italia, donde finalmente quedó después de que una ardua pelea por redefinir los límites entre Austria e Italia fuera necesaria para ver a quién le pertenecía. Todas las momias son motivo de investigación, pero la fascinación por Ötzi radica no solo en que está entero, sino además con un ajuar impensable, congelado en el tiempo como un regalo para que Europa busque sus propias raíces, en un hombre que vivió cuando apenas se estaba insinuando la aparición de la técnica, y cuando el viejo continente era aún virgen e inocente.

Para ver el cuerpo y el equipaje de Ötzi, ir a www.iceman.it. 

agromena@gmail.com



El Grand Tour

LUIS FERNANDO AFANADOR

“O dio los viajes y los exploradores”, dijo Lévi-Strauss al comienzo de *Tristes trópicos*. Una afirmación en apariencia contradictoria en boca de un antropólogo que había hecho sus descubrimientos a partir de sus viajes a Brasil y de su larga convivencia con varias comunidades indígenas. Y resulta aún más contradictoria si tenemos en cuenta que la hacía precisamente en el libro en el que iba a relatar sus expediciones. Por supuesto que se trataba de una ironía. Lo que estaba criticando el antropólogo que había denunciado el etnocentrismo europeo y había enseñado a ver la particularidad y la complejidad de las culturas —mal llamadas— “primitivas”, era el viaje en busca de países y culturas exóticas, el viaje para celebrar la identidad propia y no la diferencia, la importancia del otro: el viaje colonialista.

Pero en Europa hubo otros viajes y otros viajeros que no merecen el odio ni el desprecio. Como los naturalistas: Carlos Linneo pretendía catalogar el

mundo, conocerlo, describirlo, estudiarlo; los suyos no fueron, a juicio de Fernando Jorge Soto Roland, los viajes de un conquistador sino de un académico: “Junto con el naturalista se originó toda una literatura de viajes que lo mostraba como la imagen viva del antihéroe, un individuo culto y pacífico que debía soportar mil y un inconvenientes entre sociedades y parajes extraños, mientras transitaba en pos del conocimiento. Y fue el afán de originalidad y prestigio —asociado a todo descubrimiento— el que empujó a encontrar, en las regiones aisladas del planeta, esa especie perdida, ese espécimen extraño y no catalogado, que le permitiera a su potencial descubridor quedar en los anales de la Historia Natural”. ¿El científico que le abre camino al explotador? Hay que hilar muy delgadito. Y está el viaje de los románticos, que no era una aventura en pos del conocimiento, sino una exaltación de la subjetividad y la imaginación y una búsqueda de lugares apartados y solitarios, cuando no de ideales libertarios, en el caso de Byron, peleando y muriendo por las revoluciones de Italia y Grecia.

Todo empezó con lo que se conoce como el Grand Tour, los viajes al sur de Francia y a la lejana Italia que empezaron a hacer los señoritos ingleses —y luego los alemanes, los rusos, los españoles— en el siglo XVII en busca de la cultura grecolatina, ese ideal que había revivido durante el Renacimiento. Un viaje de iniciación —se hacía al terminar la juventud y antes de empezar la vida adulta— que podía durar entre uno y cinco

años. Se ha dicho que son el antecedente del viaje “turístico” de nuestros días, y puede ser cierto, dado que no excluía el esparcimiento, pero hay una salvedad: no eran masivos, no había aparecido todavía la locomotora.

Según Maximiliano E. Korstanje, el Grand Tour tiene sus raíces en la mitología nórdica: Odín era un dios que viajaba disfrazado de animal para conocer profundamente las costumbres de otros pueblos. Viajes que entrañaban cierto peligro: en uno de ellos tuvo que sacrificar un ojo en el árbol de la sabiduría. El Grand Tour pretendía enseñar in situ. Había que ir allí, “estar allí” y “palpar” directamente en los monumentos y las ruinas. Más que información libresca, una experiencia directa, de primera mano. Muy acorde con el espíritu racionalista de la Ilustración.

El Grand Tour se iniciaba en Calais, pasaba por París, la Provenza y el Languedoc, con una extensión a Ferney, Suiza, para rendirle culto al gran Voltaire, quien personalmente salía a saludar a los jóvenes viajeros ingleses. Luego arribaban a Italia, redescubierta para la intelectualidad europea por el helenista Winckelmann. Turín, Milán, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles y, por supuesto, Pompeya, que era el fin del periplo. Hasta que años más tarde un viajero famoso, Goethe, amplió ese horizonte hasta la isla de Sicilia, el paradigma de la cultura griega, porque la propia Grecia, en poder de los otomanos, era entonces un destino impensable. *Viaje a Italia*, de Goethe es uno de sus libros más

bellos y un punto de quiebre dentro de su obra. También es una especie de culminación a la literatura —cartas, diarios— que produjo el Grand Tour. Desde luego, con las posteriores excepciones de rigor: la Italia de Stendhal es notable.

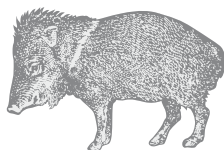
El Goethe que llega a Italia viene huyendo de la leyenda del joven Werther y con ganas de reinventarse como un escritor distinto. Y, por cierto, no es ningún joven, tiene 37 años —más de la mitad del camino de la vida— y ha aplazado inexplicablemente el Grand Tour durante mucho tiempo. A Italia llega un escritor romántico y se devuelve otro clásico. En año y medio, y después de recorrer la geografía italiana, de ver el templo de Hera en Agrigento, la boca humeante del Vesubio, la luz del Mediterráneo desde Taormina, sale un artista convencido de que la obra de arte es una imitación de la Naturaleza y de la imposibilidad de acceder a la belleza a través de la razón. En su último recorrido por el foro romano, bajo la luz de la luna, sintetiza la visión del viaje que le cambiaría la vida:

Después de unos días transcurridos para distraerme, pero no sin dolor, una tarde di una vuelta por Roma acompañado por un pequeño grupo de amigos. Después de recorrer por última vez el Corso, ascendí el Campidoglio, que se erguía como un palacio encantado en la soledad de un desierto. La estatua de Marco Aurelio me trajo a la memoria al comendador de *Don Giovanni*, y me hizo comprender que estaba

meditando algo extraordinario. Con todo esto descendí por la escalinata posterior. Y he aquí ante mi rostro el arco del triunfo de Septimio Severo en la tiniebla más oscura, proyectando a su vez las sombras más negras; los objetos que bien conocía me parecieron entonces, en la soledad de la Vía Sacra, extraños y fantásticos. Pero cuando me acerqué a las veneradas reliquias del Coliseo y lancé la mirada a su interior a través de la cancela, no puedo esconder que me recorrió un escalofrío y me apresuré a volver sobre mis pasos. Las grandes masas producen siempre una impresión singular, teniendo al mismo tiempo algo de sublime y algo tangible a lo que aferrarse; en aquellos paseos nocturnos he hallado de algún modo la explicación, el resumen perfecto de todo mi tiempo en la Ciudad Eterna.

¿Ya no hay grandes escritores viajeros o viajes que nos cambien la vida? No me atrevo a dar una respuesta categórica —ahí están Le Clézio y Nooteboom— pero sí puedo decir que el mundo se ha uniformizado, que todos los países tienden a ser monótonamente iguales. Bueno, “salvo la India”, como me dijo alguna vez un gran viajero. ■

lfafanador@etb.net.co



Silencio

LUIS FERNANDO MEJÍA

Quando hables, procura que tus palabras sean mejores que el silencio.

Proverbio indio

¡Qué peroratas! ¡Qué batahola! Las palabras habladas o escritas se tomaron el mundo. Todos nos creemos con derecho a opinar sobre lo humano y lo divino o, simplemente, facultados para construir rústicos andamios verbales. Para agravar el panorama, ya casi ningún muerto merece un minuto de silencio. Y, con alguna dificultad, permanecen los individuos comprometidos con votos de pobreza, obediencia y castidad, pero no de silencio. Las palabras brotan de todas partes y ya no se sabe qué oír o qué leer.

Estamos en la época en que, básicamente, se dice lo que se siente, no lo que se piensa. Crece la idea, acompañada de las nuevas tecnologías de la información, de que tenemos que estar expresándonos para creernos protagonistas o líderes, aunque no se sabe de qué o para qué. El reto de pensar para decir tiende a marchitarse, pues

esto significa estudiar previamente, como lo recuerdan los pensadores orientales: “el que no estudia no tiene derecho a hablar”. La expresión oral o escrita tiende a constituirse en un mero acto reflejo.

La palabra dicha encierra sus riesgos. Lo menos que puede ocurrir es que se expresen cosas que no agregan ningún valor, palabras que atiborran el ambiente, simples reiteraciones o retahíla de lugares comunes. Cierta vulgaridad doméstica, siempre tolerada, puro polvillo sin llegar a ser basura.

Pero lo peor es cuando se improvisan las palabras para opinar sin ninguna necesidad o sin fundamentación y, en muchos casos, sin pausa. Personas que por extrañas razones se creen obligadas a pontificar sobre problemas o misterios que la humanidad no ha podido desentrañar. Sin embargo, estos personajes todo lo tienen resuelto con aparente y absoluta coherencia.

La situación se agrava cuando los opinadores compulsivos sobre asuntos abstractos se empeñan en juzgar el comportamiento de seres humanos concretos. Se consideran autorizados para calificar conductas a partir de simples percepciones como si cada persona no fuera un universo siempre complejo y cambiante. Y es por esta ruta que se llega impunemente a la injuria o a la calumnia sin calcular el daño moral que se inflige. No se atiende a Salomón cuando aconsejaba a los congéneres en una frase corta: “Aparta de ti la perversidad de la boca” (Proverbios 4, 24).

Sin embargo, el mutismo abriga una historia de prestigio. Desde ayer los conventos y los monasterios inspiran un sagrado respeto porque su primer habitante es el silencio. Sus corredores amplios y mudos permiten que vuelen, con libertad y soltura, el ángel de la guarda y, con algún atrevimiento, nuestros modestos e inusuales buenos pensamientos. Además, el proceso de creación del universo debió ser silencioso para no desconcentrar a los dioses en su prodigiosa aventura.

Paradójicamente, callarse es vaciarse a sí mismo. Las palabras necias llenan de tóxico la mente del sujeto que las pronuncia o escribe. El silencio limpia la mente y es la primera condición para escuchar al otro. En las religiones, para oír a Dios, y en las organizaciones civiles, para prestar atención al prójimo. Pero el silencio es la mejor oportunidad para escucharse a sí mismo y cumplir con el aforismo griego de “conócete a ti mismo”. Por eso muchos han entendido el silencio como una celebración.

Callarse es, entonces, absolutamente útil y saludable, ya sea cuando el propósito es oír al otro o cuando el fin es ponerse cuidado a sí mismo. En el primer caso es más que una regla de cortesía, es una manera de saber que ya no hay mucho que agregar a lo que el otro expresa. Se ahorra la repetición, y el silencio gana un nuevo espacio. En el segundo caso, no es solo hablar consigo mismo. Es aprender a conocer esa caja hermética y sorprendente llamada cuerpo, mi propio cuerpo con su mezcla incomprensible

de esencias nobles, trágicas y cómicas.

Un proverbio tibetano predica que “la palabra debe ser vestida como una diosa y elevarse como un pájaro”. Apropiarse de este aforismo para el consumo diario constituye un reto, tal vez inhumano, pero sí es un llamado a controlar el verbo. Para empezar, se podría sugerir que cada persona se fijara en la mañana, al levantarse, un número moderado de palabras que pronunciará en la jornada, cupo que no podría transgredirse so pena de sentirse depredador del medio ambiente. Cada palabra sería ponderada antes de aventurarse a la vida externa. Adicionalmente, escoger muy bien a quién se le habla, ojalá a alguien que perdone todo, como la mamá, y si no se puede con ella se debe saber que queda la alternativa de tragarse la lengua.

Infelizmente, no hay razones para pensar que el silencio se retomará el mundo en un tiempo cercano. Se ha convertido en un recurso natural escaso, poco admirado y defendido por los bullosos ecologistas. Surgen montones de individuos con ínfulas de líderes obligados a predicar, día y noche, utilizando todos los medios. Y los que no se sienten caudillos de nada son víctimas de recetas que aconsejan la catarsis, la que practican con el primer prójimo que encuentran. Pero la cumbre del ruido llega cuando al presunto líder le da, también, por hacer catarsis y no queda persona que se libere de él. ■

lfmejia@udea.edu.co



Gabriela Alemán

PALOMA PÉREZ SASTRE

Opino que compartir con personas de fama hace que uno se sienta también importante, pues somos nosotros los que disfrutamos de sus escritos y nos deleitamos con sus historias, y para ellos es importante también.
Santiago Rodríguez Ossa

En la Fiesta del Libro de Medellín de septiembre pasado, entre varias novedades que incluían el cambio de director, me llamó la atención un programa, tomado de la Feria del Libro de Guadalajara: “Adopta un escritor”. Se trataba de hacer que en los colegios los chicos leyeran las obras de alguno de los escritores convidados, locales y foráneos, y organizaran una velada para recibirlo. Se ve publicidad para la adopción de animales, parques y obras benéficas, pero no de niños, y menos de escritores. La iniciativa parecía interesante, una buena estrategia de promoción de lectura, pero la consigna sonaba excesiva, ¿no sería más apropiado algo así como “Acoge a un escritor” o “Esta escuela

lee la obra de...”? Bueno, nadie esperaba mi opinión.

Acepté animada la invitación de los organizadores de la Fiesta a compartir escenario con Gabriela Alemán, autora ecuatoriana a quien no había leído, pero que asociaba con Bogotá 39, en 2007. La búsqueda en internet trajo una crónica, un cuento y algunos artículos relacionados; en librerías, resultó decepcionante: solo un libro de cuentos editado en Colombia por Panamericana, *Álbum de familia*. Facebook sirvió de sabueso y canal para que Gabriela me mandara dos novelas en pdf: *Body time* y *Pozo Wells*. La primera, cuyo epígrafe de W. Gaddis resume “toda la desesperada variedad de la que la falsificación es capaz”, salió de una mala experiencia en la universidad estadounidense, donde la autora hizo el doctorado. Con un crimen pasional de por medio y con dardos milimétricos, ironiza las imposturas en la academia y denuncia el comercio sexual (léase chantaje) entre profesores y estudiantes. La segunda, de ambiente fantástico, azaroso y oprimiente, con elementos de *thriller* y crónica roja, fue concebida en un principio como una especie de *performance* periodístico con elementos de *El país de los ciegos* de H.G. Wells, para sacar a la luz una historia real que involucra políticos despreciables. Tremenda escritora.

En cuanto llegó, nos reunimos a cenar. Deliciosa conversación en la que surgió su compromiso ambientalista y su postura crítica (y desesperanzada, aunque activa) con respecto

al aparente consenso popular con el gobierno ecuatoriano. Supe también que había sido adoptada por la Institución Educativa Campo Valdés y que el encuentro con los escolares estaba programado para el día siguiente de nuestro diálogo público en el Parque Explora. Sentí gran curiosidad por saber cómo habían recibido los jóvenes una obra, a mis ojos, tan difícil y compleja; así que me sumé al programa.

Repaso las fotos y los videos rústicos guardados en mi celular. Aparece Gabriela con cara y ojos sonrientes y talante acogedor; el pelo largo le da volumen a una figura delgada de aire frágil, solitario y un tris distante; de voz aguda con matices quebrados. Va vestida como es su estilo: botas a la rodilla, pantalones ajustados, blusa colorida de flores, chaqueta amplia y bolso grande de cuero con correa larga. Se abre la puerta del colegio; la recibe una algarabía y un manojo de globos. Los más pequeños hacen una calle de honor, a la vez que cantan una canción que exalta las respuestas pacíficas a los actos de violencia. Al final del pasillo, salen a su encuentro la rectora y la profesora de literatura.

En el aula de los grandes la esperaban un ramo de flores, regalos, varias carteleras con muy buenos retratos pintados a lápiz e historietas; una joven pareja de tango y un profesor cuentero. Ella sonreía todo el tiempo, claramente sorprendida y emocionada. Los chicos no solo habían entendido y gozado las obras, sino que habían leído mucho más que yo: la rectora

las consiguió todas. Uno a uno pasaron por el micrófono interrogando a Gabriela. Algunos interesados en lo literario: ¿En qué consiste la gran metáfora de Zoom y qué relación tiene con algunos de sus cuentos? ¿Cómo se entrelazan la ficción y la realidad de Ecuador para producir el submundo de *Pozo Wells*?; y otros deseosos de identificarse con la autora: ¿Cuáles eran tus preocupaciones cuando tenías nuestra edad? ¿Qué te gustaba de la escuela y qué detestabas? ¿Qué disculparías en nosotros y qué no tolerarías? ¿Tienes secretos para la salud, la belleza o el amor?

Alguna vez le oí decir a una madre adoptiva que los niños adoptados no son tales, sino “niños elegidos”. Sí, en la adopción de un escritor, de lo que este encarna, hay una elección implícita, un criterio educador, un afán estético y afectivo que diluyen mi escepticismo y que ahora enlazo con una pregunta formulada a Gabriela Alemán por el amoroso auditorio de adolescentes del colegio del barrio Campo Valdés, una mañana soleada de septiembre:

¿Para qué sirve escribir, fuera de tener libros publicados o de visitar ferias y fiestas del libro? ■

sastreperez@gmail.com
*Profesora de la Universidad de Antioquia



El camino de los perdedores

ÁLVARO VÉLEZ

Para nadie es un secreto que la historia la cuentan los vencedores. Es una forma más de oprimir a quienes han perdido en un conflicto armado, eliminar sus logros y conquistas e imponer una visión única de lo que supuestamente se vivió en el campo de batalla y después de este. Un ejemplo claro de la eliminación de la posición y la historia del otro se da en el caso de la pos Guerra Civil Española.

Después del fin del conflicto armado entre nacionalistas y republicanos, España tuvo que sufrir 36 años de dictadura franquista. Los perdedores de la Guerra Civil tuvieron tres caminos: el exilio, en su mayoría hacia Latinoamérica o la antigua Unión Soviética; la permanencia y sometimiento frente a los vencedores, en el propio territorio español, o continuar la lucha fuera de la península con la esperanza de volver y fortalecer los grupos de resistencia armada. Ese tercer camino de los perdedores es el que nos cuenta Paco Roca en su novela gráfica

Los surcos del azar (Astiberri Ediciones, 2013).

Paco Roca ya es ampliamente conocido en el mundo del cómic español y cada vez más visto fuera de su país natal; sus obras más significativas, *El juego lúgubre* (Ediciones La Cúpula, 2001), *Arrugas* (Astiberri Ediciones, 2008) y *El invierno del dibujante* (Astiberri Ediciones, 2010), nos han mostrado la gran capacidad que tiene este autor de contar historias, además de dibujarlas con gran destreza. Pero es quizás en *Los surcos del azar* donde encontramos la gran obra, hasta el momento, de Paco Roca.

El relato de *Los surcos del azar* comienza con la derrota. Es el fin de la Guerra Civil Española y miles de republicanos, combatientes, mujeres y niños, se agolpan en el puerto de Alicante. Estamos a finales de marzo de 1939 y los perdedores esperan la llegada de un grupo de barcos franceses e ingleses que los conducirán desde territorio ibérico hacia el exilio. El único navío que logra sortear el bloqueo nacionalista y llegar al puerto es el *Stanbrook*, que se atiborra de republicanos ansiosos por abandonar el país para retomar fuerzas y volver por la revancha. El viaje en el *Stanbrook* es el fin de la Guerra Civil pero el inicio de los caminos que irán trazándose para un puñado de republicanos que combatirán también en la Segunda Guerra Mundial.

Este libro de Paco Roca está construido en dos tiempos: uno en el pasado, en el que conoceremos el periplo de algunos de los que se embarcaron en el

Stanbrook y la increíble historia de *La nueve* (la novena compañía de la segunda división blindada de la Francia Libre) y su papel en la liberación de Francia, y uno en el presente, en donde el autor entrevista a Miguel Ruiz, excombatiente republicano y de *La nueve* exiliado en Francia. Ruiz será quien le cuente a Paco Roca buena parte de la historia que lo llevó a él y a algunos de sus amigos del puerto de Alicante a las costas de Orán (en el norte de África), para llegar a un campo francés de trabajos forzados y de ahí a enlistarse en la CFA (Cuerpo Franco de África) y tener los primeros enfrentamientos contra el otro fascismo: los nazis. También le narrará el regreso a Europa, primero a un pequeño pueblo escocés, Pocklington, donde recibirán instrucciones y equipamiento militar para conformar *La nueve*, y finalmente al continente en el centro de operaciones del frente occidental: Francia.

Toda la travesía desde el puerto de Alicante hasta la liberación de París (en agosto de 1944) estará, como es lógico durante una guerra, llena de sinsabores. Los españoles republicanos son tratados de la peor forma desde que parten del puerto de Alicante, son las sobras de una guerra civil que Europa rápidamente ha sepultado y olvidado bajo los escombros de un conflicto de carácter mundial. Pero esos veteranos combatientes republicanos mostrarán poco a poco su valor en el campo de batalla y se ganarán el aprecio de su comandante directo Raymond Dronne, del

general Philippe Leclerc y de su líder máximo francés: el general Charles de Gaulle, a quien escoltarán durante el desfile de la victoria en los Campos Elíseos, ese 26 de agosto de 1944.

En los dos tiempos en que se desarrolla la narración, Paco Roca ha dispuesto unos recursos gráficos especiales: para el pasado difícil y glorioso que cuenta Miguel Ruiz, la historieta está dibujada con mucho esmero y en color; para el presente, en el pueblito francés en donde el autor charla con el viejo Miguel Ruiz, los dibujos son más sueltos, menos perfectos y en tonos de grises, quizás porque así es el mundo que vive ahora Miguel Ruiz, uno opacado por ese pasado de dulces y amargos tan contrastante, de honores y deshonras tan dispar, que en el presente se torna frío y aburrido. No es la primera vez que Paco Roca usa el color para distinguir unos momentos de otros; en *El invierno del dibujante* ya habíamos disfrutado de esta particularidad, con el paso de las estaciones del verano hasta aquel invierno de 1958.

Los surcos del azar es una historia acerca de la esperanza, de querer construir una mejor sociedad, de luchar por lo que se siente toda la pasión. Ruiz, Granell, Navarro, Ortega, Granados, Montoya... ya sea en los campos de África, en los de entrenamiento en Escocia, en las afueras de París o en el desfile triunfal en los Campos Elíseos, siempre piensan en España, en volver para liberarla de Franco. Ya sabemos que eso no sucederá, pero todo el impulso que los lleva a ayudar

en la liberación de Europa del nazismo está fundamentado en el amor por su propia nación. “Primero Europa y luego nos ayudarán a nosotros a liberar a España de Franco”, se dicen constantemente, pero ya sabemos que eso no sucedió...

Esta es entonces una obra que celebra el valor y la persistencia aun en el exilio, sobre todo en esa situación, que hace que las cosas sean doblemente difíciles de lograr. Paco Roca ha hecho visible una parte de ese mundo casi olvidado que los vencedores por poco consiguen borrar del todo. Es una historia sobre los caminos que toman los vencidos, los perdedores. Este es uno de esos caminos que, en este caso particular, resultó en ciertos momentos glorioso. Al final del relato, Paco Roca, el autor, se despide de Miguel Ruiz, el veterano republicano, el combatiente de *La nueve*. Roca volverá a España, Ruiz se quedará en Francia con sus recuerdos... Pero a partir de ahora ya no estará solo con esos recuerdos; gracias a *Los surcos del azar* compartiremos con él su historia de vencido pero con honor. ■

truchafrita@hotmail.com

